

LA OTRA
BIOGRAFIA
DE...



Los Olivier en España. Un matrimonio célebre, sin problemas, que saluda desde la escalerilla del avión. Venían a rodar parte de los exteriores del film «Ricardo III».

VIVIEN LEIGH

DURANTE VEINTE AÑOS SEÑORA DE OLIVIER

HABIA una bonita mesa de estilo al lado de la cama. Y unos libros encima. Y un teléfono. En un ángulo, un tocador con tres espejos de distintos tamaños. En la pared de la izquierda, mirando hacia el ventanal, un cuadro que a lo mejor era un Turner. Y casi me atrevería a decir que, frente a la cama, había una chimenea.

Podrían ser las nueve de la noche. Una lluvia fina caía sobre los cristales con cierta familiaridad.

Y, seguramente, «ella» estaba preocupada.

Pero él no lo notó. Al menos no lo notó en seguida. Parecía que nada iba a ocurrir. Y sin em-

bargo... A veces el silencio habla más que otras cosas. Y había un silencio pesado, difícil de romper. El hizo lo de todos los días. Buscaba una camisa limpia, una

corbata discreta, un traje oscuro... Ella se miraba en el espejo y había algo en sus ojos que no estaba allí.

Estaba, seguramente, en la voz,

de un hombre que sonreía un poco. Era un expresivo plano en el que el director se había recreado con cierta delectación. Ella se llamaba entonces Scarlett O'Hara y la película estaba dando su primera vuelta al mundo.

Luego, apartó los ojos del espejo. El acababa de preguntarle alguna cosa. Hizo un esfuerzo para recordar sus palabras. Luego contestó despacio, con alguna fatiga. En la habitación de al lado, un reloj daba la hora.

El no era un hombre joven. Pe-

en el encanto, en la manera de moverse, y en el dulce acento de una muchacha del sur de los Estados Unidos. Una muchacha que subía una larga escalera en brazos

Por ADOLFO MARSILLACH



Laurence Olivier y Vivien Leigh fueron, durante años, la primera pareja del teatro británico. Aquí les vemos en «Tito Andrónico».

ro se entendía que estaba mejor así. Con el pelo gris y los hombros hundidos ligeramente, como si el peso de muchos títulos de obras de teatro fuera una carga lógica que empezara a notarse. Buscó unos gemelos en algún sitio. Los eligió cuidadosamente. Se movía con seguridad, con movimientos lentos en los que se adivinaba —no se sabe por qué— cierto estudio. Había gran nobleza en sus actitudes y, en un momento que se puso de perfil, recordó muchísimo el príncipe dormido de Rattigam.

Los espejos devolvían la imagen de ella escrupulosamente, con indudable sabiduría profesional. Eran unos espejos oscuros, que no traicionaban las ojeras; en los que las arrugas eran apenas unos pliegues delicados sobre la frente o en las últimas fronteras del cuello.

Una vez que ella se acercó demasiado, alguien hubiera podido adivinar a Blanche Du Bois. Sobre todo cuando Blanche llegaba a la ciudad con una maleta en la mano y un sombrero blanco con un velito que le cubría piadosa-

mente los ojos. Había una vecina en el portal aguantando el calor y un niño que hacía globos de chicle mientras una música obsesiva llegaba hasta allí, de alguna parte. Blanche Du Bois tenía la mirada un poco perdida, vacilante, un rictus en las comisuras de los labios, un aire ausente... Era una mujer que no quería interesarse por algo, que dejaba deslizarse los días, que se sentía gris, ridícula... Nada llegaba hasta ella. Nada excepto el absurdo sonido de una campana, el repique de la lluvia sobre el asfalto, la

matraca constante de un tranvía que, seguramente, se llamaba deseo.

Cuando él se abotonó la camisa, ella lo miró un instante. Intentaba descubrir en aquel hombre a otro que una vez le ayudó a bajar las escalerillas de un avión, un día que ella, por exceso de trabajo —al menos, ésa fue la versión oficial—, sufrió una horrible depresión nerviosa. Debió ser poco después del éxito de «César y Cleopatra», cuando ella era una niña caprichosa que tenía miedo a los romanos y él le hablaba a la Esfinge para conocer su secreto. Sí, debió ser entonces. Mucho antes del estreno de «Ricardo III»; mucho después de «Hamlet».

Pero no. Nada quedaba en él de entonces. Ni mucho menos de aquel apasionado galán de «Veintidós días juntos». Acaso, una forma especial de inclinar la cabeza para escuchar, como si alguien dijera algo desde muy lejos. Tal vez una costumbre inevitable desde cuando interpretó «Rebeca».

Ella tampoco era ya «Lady Hamilton». Ni la frágil prostituta de «El puente de Watterloo». Había que hacerse a la idea. La vida debe ser esto. Esto de dejar nuestras mejores escenas atrás sin que nos quede la más mínima posibilidad de volver a interpretarlas. Las escenas del teatro y las del cine. Las del sueño y las de la vida. Aquella escena de «El profundo mar azul» y aquella otra —auténtica— de su primer matrimonio. El era abogado y se llamaba Herbert Leigh. Se divorciaron en 1940 y ella se casó con ese otro hombre que terminaba en aquel momento de abrocharse la camisa.

Quizá él se dio cuenta de lo que ella pensaba porque la miró fijamente. Hubo una pausa difícil. Una pausa en la que parecía que él iba a hablar. Quizá si ella le hubiera ayudado, lo habría hecho. Pero no. No estaba dispuesta a hacerlo. Era, en cierto modo, su pequeña venganza. Sacó de un menudo joyero un bonito brazaletes. Hubo un segundo en que la luz incidió sobre las esmeraldas, que reflejaron diminutas estrellas verdes sobre el respaldo caoba de la cama. A veces, cuando ella miraba los espacios oscuros en los teatros llenos, veía también unas luces lejanas en las localidades altas, como ojos impertinentes, como centinelas de un uniforme mezclados con la «claque».

Era triste y hermoso, al mismo tiempo, pensar en todo esto. Hay frases que, a fuerza de repetidas, parece que han perdido, en cierta manera, su significado. Cuando se



En «Lo que el viento se llevó», su película más popular.



Con Marlon Brando en «Un tranvía llamado deseo», la película de Elia Kazan sobre el texto dramático de Tennessee Williams. Este fue uno de sus mejores papeles.



Pero él estaba ahora lejos. Lejos de sí mismo. Lejos de veinte años de matrimonio; de veinte años soportados mutuamente con paciencia, con esa especie de resignación que da el amor cuando ya no lo es y, sin embargo, hay que seguir. Sí, él estaba muy lejos. Y, al mismo tiempo, demasiado cerca para entenderlo. Por eso cogió un pitillo y lo encendió. Y hasta los dedos se movieron torpemente, un poco avergonzados.

Luego habló bajito, como un actor que siente cierto desprecio por su público; que no está dispuesto a concederle cosas. Tenía una cálida voz que convencía. Una voz que llegaba en un susurro a las últimas butacas, pero que ahora moría tristemente en los tarros perfumados del tocador.

Y no hubo más. Ni siquiera la necesidad de preguntar un nombre. Sir Laurence Olivier, harto de interpretar su propio y honorable personaje, se separaba de su mujer. La dejaba por una chica monilla que quería ser actriz. El maduro Sir Laurence de los ingleses puritanos, estaba dispuesto a echar una cana al aire. El país entero se lo iba a reprochar. Y quizá también él, en el fondo, no tuviera la conciencia muy tranquila. Y sin embargo... no podía buscar una excusa que sirviera. Una excusa válida para ella que le escuchaba en silencio. Sir Laurence Olivier se sentía joven otra vez. Era el momento de demostrarlo. Casándose con una muchacha de veinte años y estrenando la última comedia de John Os-

Esta mujer, de 47 años de edad, acaba de solicitar el divorcio en un tribunal de Londres. Es una mujer triste, que acaba de cerrar la historia sentimental de veinte magníficos años.

dice «una vida dedicada al teatro» parece que no se dice algo. Y, sin embargo, se dicen tantas cosas... ¡Tantas luces encendidas...! ¡Tantos espectadores vivos...! ¡Tantos personajes muertos!

Ella se preguntaba si valía la pena. Y el espejo —los tres espejos del tocador— le decía que sí. Que en un mundo de jovencitas ambiciosas sin otra meta que el éxito, ni otras armas que su «sexy» estúpido, valía la pena una vida dedicada desde el principio al fin al teatro. Desde la primera frase pronunciada con miedo, vacilante, temblándole las piernas, hasta las brillantes estrofas de «Macbeth» en el Old Vic. Y ella se recogió frente al espejo, como haciéndose confidente de sí misma, como siendo historia de su historia. Y había en su voz que no se oía, en su palabra que no se pronunciaba, algo de tragedia clásica, algo que podía ser un elemento desencadenador como en aquel «Tito Andrónico» que, hace ya tiempo, montó Peter Brook.

Entonces ella pensó en París. En lo bonito que estaba aquel día, cuando debutaron en el Sarah Bernhardt. Y en un olor que llegaba del Sena cuando abría las ventanas de su camerino en primavera. Cuando todavía él era el de siempre.



El Trío Terrible —Danny Kaye, Vivien Leigh y Laurence Olivier. Actúan en una fiesta benéfica para un Jardín de la Infancia.



Era inevitable. John Merivale sustituyó a Laurence Olivier en la turné del Old Vic. El actor había mostrado siempre una singular devoción hacia Vivien Leigh. Basándose en ella, los periódicos «fabricaron» la noticia. ¿Sería cierto que se habían casado secretamente? Los dos lo negaron, dispuestos a defender su amistad por encima de todo.

borne. Y eso tenía más fuerza que una sociedad que mantiene una moral pasada de moda.

Parecía que ella se daba cuenta. Parecía estar en el secreto de todo. Parecía, incluso, que aceptaba el fenómeno lógico de la incompreensión de los hombres y las

mujeres. Y la habitación se quedó vacía de palabras porque ya hacía años que estaba vacía de gestos. Y en medio de la estancia, la cama era un ridículo mueble sin razón.

Después, ella volvió la cabeza. Y Vivien Leigh, una de las actrices más grandes que hay en el

mundo, miró cansadamente al vacío, como cuando en un plano muy concreto el director señala un punto determinado. Algún cronista lírico diría que entonces resbaló una lágrima. Pero no es cierto. Lo único que ocurrió es que Vivien Leigh tenía la misma mirada confusa de Blanche Du Bois,

la que una vez perdió un tranvía que se llamaba deseo.

Y, tal vez, en la calle, en el Londres del «smog» y los monárquicos, alguien gritaba con cierta cadencia:

—Flores, flores para los muertos. ¡Flores...!